

Carta de Argentina. Libros sobre la historia nacional

Leonardo Iglesias

Los argentinos crecimos escuchando una sola palabra: crisis. En el argot generacional siempre sonó a queja. A lamento por lo que no fuimos. En algún rincón de las construcciones colectivas, una fijación vocada con destino de certeza. Porque somos una maqueta a punto de transformarse en una mansión que no califica ni para un chaperío noble. Un plano eterno que nunca logra, al menos, un par de paredes de hormigón. Nuestra memoria está rellena de crisis. La última: diciembre de 2001. Cacerolas, a punta de pistola, echando presidentes en el cantar de un gallo; treinta personas asesinadas en el fragor de la bronca y la incertidumbre, esa lasitud que convida a la duda. Luego el remanso con olor a sangre, a pérdida. Dentro de ese escenario: la rotura del fémur del discurso neoliberal, avivado por intelectuales, que aportó oxígeno y un elemento perforador de la historia oficial. Y que también trajo una estela, por lo menos conmovedora, que sobrevino en un impensado *boom* sobre los libros de la historia de nuestro país. Estos son algunos de los ejemplos. Los más significativos. Acaso la de aquellos que se atrevieron a cambiar la lente y optaron por escribir, sobre esa Argentina que no duerme en los manuales escolares y que está muy lejos de parecerse a la que soñaron los personajes que construyeron un país, que siempre está esperando.

El 2001 optimizó el caos y registró cambios. Cambios que alguien tenía que explicar. Por ese entonces, Jorge Lanata, fundador del diario *Página/12*, asumió el riesgo. Con la premura del dolor y la urgencia del apunte periodístico escribió el primer tomo de *Argentinos (desde Pedro de Mendoza hasta la Argentina del Centenario)*. El libro, que fue publicado al año siguiente, pretendió librar de velos los castillos oficiales. «Recité durante años una Historia sin pelea, hecha por hombres de bronce que miraban a lo lejos; aprendí un país tan perfecto que nadie podía enamorarse de él», se lee en el prólogo. Pero la rectitud de los bustos comenzó a temblar, cuando *Argentinos* se convirtió en un *best seller* con casi 200 mil ejemplares vendidos y provocó un shock-

milagro editorial para este lugar del globo. La historia comenzó a ser tema de debate y revisión. Y Lanata, blanco móvil de la cultura tradicional. Pero el escritor no les dio respiro y en 2003 presentó *Argentinos II (desde 1910 hasta la actualidad)*, tal vez el más polémico de los tomos. Allí retoma la idea de «ser nacional» y arremete contra el peronismo, la prensa, el Che Guevara y la vinculación guerrilla-dictadura en la década de los 70. El libro tardó una semana en trepar a los primeros puestos y transformarse en un éxito en ventas. Cuando parecía que la historia volvía a ser un espejismo y que el colapso de diciembre con la expulsión de De la Rúa, sólo valían dos libros, Lanata sacó de la galera *ADN. Mapa genético de los defectos argentinos* (2004). O una especie de prospecto, repartido en 37 capítulos, sobre el mismo eje que lo obsesionó durante los últimos años. El libro también se situó en los primeros escalafones de la taquilla, pero advirtió una pretensión menor y refirió sólo aspectos ya conocidos: la viveza criolla, la noción conspirativa de la propia historia y la siempre aparente grandeza que nos hizo pequeños ante los más débiles.

Con aciertos y lagunas, Jorge Lanata escribió tres libros que llevan su lacre. Y eso es plausible. Tan sólo porque evitó la opción de los anti que promueven la bipolaridad (peronismo-antiperonismo, por ejemplo) y procuró preguntar. Sorprenderse en las venas de la génesis de un país en ascuas. Algunas inquietudes fueron saneadas.

Las mayoría late por un bálsamo que habita en otras páginas. Pero esa es otra historia; la de los que tomaron el relevo de *Argentinos* y asumieron los riesgos de preguntar quiénes somos y por qué estamos colgados de un sueño que nunca desciende a la realidad.

Felipe Pigna fue la continuación del *boom*. El historiador y docente de la Universidad de Buenos Aires, conservó el papiro entre sus manos y aceptó el relevo. Es cierto, con la lasitud que ofrece el conocimiento previo, pero con la pizca de astucia necesaria para poder desbarrancar a los popes del pensamiento único. «Hay una indignación en mi escritura que es sana y que no termina en revanchismo», dijo en una entrevista. Pigna presentó *Los Mitos de la historia argentina (del descubrimiento de América hasta la independencia de 1810)*, en febrero de 2004 y rápidamente se transformó en otro suceso editorial. El libro permanece hace más de un año alternando los primeros cinco lugares de las listas de ventas.

Para esta nueva mirada, Pigna optó por textos agudos de lectura ágil. Anclados en algunas hipótesis: la idea del pasado como justificación del presente, la premisa de que la historia se agota en la escuela

primaria y por último la despolitización que se ha realizado de los hechos y sus actores estelares. «A esto se pretende reducir, consciente o inconscientemente, el proceso que marcaría a fuego nuestro futuro como nación», escribe en la introducción. Es por eso que el tríptico: José de San Martín, Mariano Moreno y Manuel Belgrano, es una muestra de reivindicación próspera y justa. Una estrategia que acerca la verdadera historia de quienes pensaron cómo era diseñar un país.

Cuando Pigna presentó su trabajo, prometió más. Y no se hizo esperar. Acaba de presentar *Los Mitos de la Historia Argentina 2 (de San Martín al Granero del Mundo, 1910)*. El segundo volumen ya tomó la punta y descansa en el podio de los más leídos. Aquí, nuevamente, Felipe quita las telarañas de corrupción que fueron hormigonando el país: el genocidio de la conquista del desierto, la primera deuda externa y los presidentes Roca y Sarmiento, entre otros. «Este libro intenta acercar nuestra historia a nuestra gente para que la quieran, para que la reconquisten, para que disfruten de una maravillosa herencia común», se lee. La pluma de Pigna vuelve a correr al ritmo del periodismo. Es un tajo fresco en los óleos rancios. Una revisión por fuera de los tecnócratas y ases del academicismo que, siempre, propulsaron una mirada abúlica de la historia. Acaso, un objeto inanimado, ajeno a la significación y la trascendencia política. En definitiva, ajenos a todos.

La historia necesitó de próceres impolutos y gestas patrióticas. También, de catequistas arremangados que se dignaran reproducirla. Pero estos no son los casos. Aquí no hay cuentos de pastiche con finales hollywoodenses, ni máquinas que teclean para obtener reverencias. Aquí están los hechos y la óptica de otros tres autores que se animaron a contarlo. Eligieron el 2004: el año con más versiones de la historia argentina.

La historiadora Ema Cibotti puso el grano de pimienta con *Sin Espejismos (Versiones, rumores y controversias de la historia argentina)*. El libro, que surgió de la batería de preguntas que, estudiantes u oyentes, le hacían en cada una de sus ponencias, instó a recuperar la memoria sobre los actores estelares y la veracidad de la historia.

En mayo, el psicoanalista Pacho O'Donnell, autor entre otras obras de una excelente biografía del Che Guevara, editó el primer tomo de *Los héroes malditos*. El libro recoge el guante de Cibotti, pero termina desliziándose por el rescate arbitrario y franco de personajes más jugados. En palabras de Pacho «Remite a la investigación sobre ciertos jefes populares que, como tal, no tienen la simpatía de la historia oficial porque han amenazado al poder». El anticipo de la saga despertó curio-

sidad y el libro se entreveró con *Argentinos II* y *Los Mitos*. A fines del 2004 fue uno de los más requeridos.

Daniel Balmaceda llegó más tarde a la cita pero con el tiempo suficiente para publicar *Espadas y Corazones*. La estructura del material lo ubica a metros de los *best sellers*: tres «tanques» narrativos que se parten en capítulos (el virreinato, la independencia y unitarios y federales) y 91 textos frescos. Mucho sexo, guerra y muerte. La lógica, la misma: la búsqueda de otra historia. Esa que cayó somnolienta en los anales de la propia realidad y que se devoraron la indiferencia y la ausencia de políticas educativas más actuales.

El *boom* por el revés de los hechos ha traído una brisa renovadora. La reapertura de baúles oxidados. Un espacio abierto a la discusión y el conocimiento. Y eso siempre es válido, porque ayuda a resignificar. A pararse desde otros vértices y obtener mejores ángulos. Y entender que la historia de un país no es un cuento fantástico que se reproduce en serie. Aunque les pese a los deudos de la cultura oficial.

En todos estos libros, caminan otros próceres. Aquí los hombres son crueles, ambiciosos y contradictorios. Pero por sobre todas las cosas, son sujetos políticos que formaron parte de la identidad de una nación. Esa por la que pelearon y por la que cayeron vencidos. Y es bueno saberlo. Escribe Felipe Pigna en *Los Mitos*: «Cómo un gran álbum familiar, allí nos enorgullecemos y nos avergonzamos de nuestro pasado, pero nunca dejamos de tener en claro que se trata de nosotros». Después de todo: Argentina, el lugar nuestro en el mundo, que nunca fue lo que pudo ser, pero que seguirá siendo.